

Fotos de **Martín Atme** y texto de **F. Andacht**

El prócer invisible

María Sánchez

CUALQUIER extranjero que visite Uruguay sabe, a la perfección, cual es la cara que “tenía” Artigas. Quizás no le quede muy claro quién era o qué hizo exactamente, pero no dudará en señalar la superpoblación de imágenes del prócer que inundan las calles de Montevideo. Imágenes con más o menos atrevimiento creativo pero que, sin remedio, se parecen entre sí por tener casi un único referente: la obra de Blanes.

Como los objetos cotidianos, las estatuas, bustos y láminas de Artigas se vuelven invisibles en el paisaje urbano. Cuando se produce una alteración o una transgresión de la imagen es cuando esta cobra vida, y su presencia se nota. Ocurre con intervenciones que van desde la versión graffiti de la obra de Blanes, hasta el robo de los bustos.

El Padre Nuestro Artigas es un libro de 40 fotografías, realizadas por Martín Atme y comentadas por el semiólogo Fernando Andacht, que saca al prócer de la mimesis con su

entorno habitual. Como los *ready mades* de Duchamp, el ojo uruguayo necesita poner el orinal —con el *stencil* de Artigas en él— en el museo para reflexionar sobre la relevancia de la imagen del héroe como elemento constructor de una identidad. Ser uruguayo, y no oriental, 200 años después.

Si estas obras plásticas son una actualización icónica por parte de los nuevos creadores callejeros o un simple atrevimiento vandálico, eso depende del juicio del lector. Para Fernando Andacht, semiólogo y coautor de este libro, es un acto de re-apropiación. Entendiendo el arte como “*el medio para desanestesiarse la vida, la rutina*”, Andacht acuña para ellas el término “artiguema” como “*unidad de sentido que permite acotar un pasado de gloria y unidad de culto básica válida en todo el territorio*”.

El tratamiento divino de Artigas se extiende a lo largo de todo el libro, desde el título hasta el tono de alabanza y orgullo patrio del propio Andacht. Según el semiólogo, el prócer ha sido erigido como “*dios único de este laico país*”.



Las fotografías de Atme aparecen a lo largo de la primera parte del libro sin más aportación escrita que el número de página. No es hasta el final, en el análisis de Andacht, donde se descubre que el orden de las instantáneas responde a su agrupación

en dípticos enfrentados y que además estos cuentan con un título. Aunque es interesante que el lector indague por sí mismo en la fotografía, la introducción del título de cada par de imágenes facilitaría la interpretación del conjunto.

Sin embargo, parece un acto paralelo al afán de invisibilidad que dice perseguir el fotógrafo. Según explicaba Atme durante la presentación del libro, el método empleado es la fotografía directa, sin retoque ni alteración. Frontal o desde ángulos naturales —siempre a la altura del paseante— que no pretenden modificar o interpretar la realidad, sino recortar el campo de visión y centrar la atención en la imagen de Artigas. Falta el sello del fotógrafo pero también falta la gente.

Un extranjero captaría de inmediato esta saturación icónica. Un uruguayo no; este es un libro que le habla de imágenes que no ve, a pesar de su cotidianeidad.

EL PADRE NUESTRO ARTIGAS, de Martín Atme y Fernando Andacht. Estuario, 2011. Montevideo, 63 págs. Distribuye Gussi.

Relato

EL HOMBRE QUE PLANTABA ÁRBOLES, de Jean Giono. *Duomo*, 2011. Barcelona, 62 págs. Ilustrado por Simona Mulazzani. Prólogo de José Saramago y Epílogo de Joaquín Araujo. Distribuye Océano.

EN TODOS LOS SENTIDOS posibles, este libro es un homenaje al árbol. Claro que la afirmación tiene sus claros oscuros. La parte clara del asunto (relacionada al contenido (prólogo, relato,

epílogo e ilustraciones). La parte oscura podría relacionarse al objeto mismo constituido por el libro: un ejemplar de tapa dura, de papel rugoso y grueso (que, paradójicamente, es de los más caros), en caracteres grandes y con márgenes generosos que sin duda lo hacen más agradable y cómodo para el lector, al mismo tiempo que lo convierten en un objeto suntuario desde el punto de vista ecológico.

Es difícil imaginar un equipo más perfecto que el que forman Jean Giono (1895-1970), José Saramago (1922-2010) y Joaquín Araujo

(n. 1947) para componer esta pieza en la que se confunden de modo tan sutil el amor por la naturaleza y los beneficios que ciertos sectores de la industria pueden obtener de ella. La industria papelera, por ejemplo. Y la editorial, si nos ponemos más severos. Pero vayamos por partes.

Jean Giono, autor del relato que da nombre al libro, fue un escritor prolífico y bastante conocido durante buena parte del siglo XX, aunque su obra se ha perdido un poco con el paso del tiempo. Pacifista, humanista, bastante ingenuo para lo que

la posguerra europea podía tolerar, Giono dedicó su obra a propagar un mensaje positivo y voluntarista de enorme belleza, que concebía al Hombre y a la Naturaleza como entidades fuertemente entrelazadas y simbióticas. **El hombre que plantaba árboles** (el relato del que decía sentirse más orgulloso, por el alcance práctico que había tenido o podía tener) es una historia escrita en 1953 que narra el encuentro entre un joven caminante y un solitario pastor de ovejas en un páramo desolado e inhóspito de las montañas del Sur de Francia.

El relato, muy breve, da cuenta de la transformación que el esfuerzo de un solo hombre consigue en ese paisaje hostil, y de la consiguiente transformación que ese paisaje modificado opera en las personas. Al repasar su argumento se corre el riesgo de sugerir que la pieza es un relato liviano de motivación, de esos que llenan las góndolas de la sección libros de los supermercados. No lo es, sin embargo. Como en todo texto literario de calidad, la diferencia está en el modo, y no en el tema. Giono escribe su historia —manifiestamente moralizante y